

RUPTURA

—Bien, Leopoldo. Estamos tan de acuerdo en estos últimos días de cuaresma como lo estuvimos en aquel baile de máscaras en que te conocí. Desde el jueves pasado notaba en ti un poco de cansancio. Así es que estamos tan conformes en la conveniencia de separarnos, como lo estuvimos hace cerca de tres meses en la idea de lo grato que nos sería pasar juntos una temporada. Y como no nos engañó entonces el corazón, pienso que tampoco la reflexión nos engaña ahora-

He sido leal para ti.

Ayer, cuando el marqués me propuso costear mis gastos, me pareció su oferta una solución, y ten presente que si le he pedido esas veinticuatro horas para pensarlo, ha sido porque a tu noble proceder correspondía que yo te consultara la respuesta, consulta que ha coincidido con tus insinuaciones. No se me escapa que los gastos que son indispensables para satisfacer mis necesidades imprescindibles acabarían con tus modestos recursos en menos de un año, y, francamente, la idea de arruinarte y de que por ello me aborrezcas no me halaga.

—Tú lo has dicho, Gloria. Estamos, pues, de acuerdo. Pero no en lo que me dices, sino en el modo un

tanto jovial con que celebras la coincidencia, a pesar de la seriedad y de la sinceridad que pones en tus palabras, me parece adivinar que tú creer habértelas con un pobre diablo, con un infeliz artista, con quien te has divertido, con quien has satisfecho tus caprichos y tus gustos, sin que de todo ello le quede más que el dejo amargo del placer saciado... No, no hagas protestas en otro sentido. ¿Crees acaso que no sé apreciar lo que hay de bueno en ti? Muy al contrario! Precisamente para que no pueda mortificarte esa idea en tus transportes de honradez, voy a referirte lo que le ocurrió a mi camarada el pintor Wirthaubegen, porque el cuento viene muy al caso.

En una de sus excursiones artísticas por nuestra Península, llegó Wirthaubegen a un pueblecillo cerca de Granada, en el cual, a falta de hotel, recibióle en su casa un matrimonio joven en calidad de huésped, gracias a una carta de recomendación y mediante un cierto precio convenido.

Tenía la mujer en un viejo arcón, blondas, mantillas de casco, casacas, chupas, calzas, faldas de medio paso, peinetas y otra porción de antiguallas de sus tatarabuelos, guardadas hasta entonces por la fuerza de la tradición familiar.

La lugareña, que sabía cómo los extranjeros solían adquirir en la ciudad aquellos trapos y chirimbolos que a ella y a su marido sólo podían servirles para ir a Granada disfrazados en días de Carnaval, pensó en aprovechar la ocasión de convertir en dinero todas aquellas inutilidades.

Abrió, pues, el vetusto arcón de tallado roble y mohosos herrajes antes los absortos ojos del artista, y, cotizando la admiración que a él le producían el enorme cofre y su vistoso contenido, pidióle por ellos mucho más de lo que se imaginaba que podían valer.

—No,—le dijo Wirthaubegen.— Me llevo el arcón y

lo que en él hay; pero a ese precio estaría mal pagado.

Y, maravillando a la vendedora, dióle casi el doble de lo que le había pedido.

Cuando el marido volvió a su casa, oyó el artista que la mujer le noticiaba con alborozador regocijo el soberbio negocio que había hecho, poniéndole a él de tonto y de mentecato hasta un punto tal, que, a ser cierto lo que la campesina aseguraba, y con ella su marido, le hacía falta al inocente viajero un alma caritativa que le explicase el valor de las monedas que con tal prodigalidad se le iban de las manos, como el oro a los indios en los primeros tiempos del descubrimiento y de la conquista, cuando nuestra vieja civilización iba a darles, a cambio de sus macizos lingotes, las frágiles cuentas de vidrio y los guñapos de intenso color, en que destellaban prodigios de luces y matices los vívidos rayos del sol americano.

A la algarazara y bullicio de entrambos por la lucrativa venta sucedieron los cálculos sobre el empleo de la suma, que, invertida en la siembra y cultivo de la remolacha, iba a proporcionarles una fortuna, fabulosa, gracias a la insensatez del alemán, hasta que, compadecido éste de la ignorancia de sus hospederos, se presentó en la salita en que se hallaban, y, sin que permitiera su impasibilidad adivinar que había entendido todo lo que para él tenía de despreciativo su conversación, les explicó, como pudo, que si ellos habían hecho un excelente negocio, él, por su parte, tampoco lo había hecho malo.

—Si tuviera yo,—les decía,—que sembrar esas remolachas y que dedicar un año tras otro a su cultivo, eso que constituye para ustedes una fuente de riqueza y de felicidad, sería para mí una de las más terribles penas a que se me podría condenar. En cambio, el arcón puesto con su contenido en mi estudio de Berlín, añadiendo a su coste todos los gastos que

aún ha de originarme, representa para mí lo que las remolachas para ustedes.

Y me refería mi amigo que cuando, algunos años después, volvió a España y fué a darse un nuevo baño de luz en la que inunda aquellas campiñas, todavía le llevó al matrimonio aquél un buen regalo, pues gustaron tanto sus ESCENAS ANDALUZAS, ataviadas con las ropas del viejo arcón, que las estrecheces de su conciencia no le permitían desaprovechar la oportunidad de recompensar así a los que tan importante servicio le habían prestado, a los cuales encontró en la misma desahogada, pero modesta posición en que los conociera, porque una helada tardía e intempestiva había destruído en sus primeros brotes su sueño de cosechar fortunas fabulosas.

Ahora bien, Gloria: Tú, como la lugareña de mi cuento, me has proporcionado en estos tres meses el placer de recrearme en todo lo que heredaste de tus tatarabuelos, mostrándome a todas horas, en las transparencias rojas de tus labios ardorosos y en los tonos sonrosados, bellísimos, de tus mejillas, de tus manos, de tu descotado seno, la sangre oxigenada en las fortificantes tareas de la vendimia en que trabajaron hasta tus padres, tus ascendientes todos; los dientecillos fuertes, nacarados, que abillantaron una generación tras otra, partiendo y royendo el duro pedazo de pan negro con el apetito que engendra el rudo ejercicio del trabajo al aire libre; la apostura firme y gallarda, la flexibilidad de los resortes de acero de tu esbelta cintura y los músculos macizos, llenos y redondos que tus abuelos adquirieron, formaron y endurecieron abriendo surcos, desbaratando terrenos, cargando haces, saltando zanjas y corriendo campos y más campos; la ondulosa y exhuberante cabellera, cuyas hebras doradas brotaron abundantes en el cuero cabelludo de tus antecesores para protegerles contra las inclemencias de la naturaleza; el mirar abierto y penetrante de tus ojos luminosos, for-

mados por esas honradas generaciones que tenían como recreo paisajes de extensísimo horizonte, y en su trabajo, por todo termómetro y por todo barómetro el tiempo mismo, a quien consultar, afinándose y robusteciéndose en ellos ese capital de energías visuales que te legaron al analizar la nube portadora de la benéfica lluvia o acarreadora del destructor granizo, cuajada de esperanzas o cargada de peligros que necesitaban buscar para observarla y reconocerla en las lejanías elevadísimas del cielo.

El valor que estas impresiones estéticas tienen para mí, no te es dado poder apreciarlas bien, como no pudo la lugareña de mi historia apreciar exactamente el valor de las antiguallas que encerraba el vetusto arcón de mohosos herrajes. Pero si te estoy reconocido por el bien que sin pensarlo me has hecho, yo no podría consagrar al cultivo de esos tesoros naturales un año tras otro, porque me encontraría en el caso de Wirthaubetegen, condenado a cultivar las carnosas remolachas en la vega granadina.

Si acepté cuanto me ofrecías y lo he recompensado, cree que no he sido un tonto, ni un pobre diablo, sino un contratante como tú que lleva en este asunto su parte de provecho, como tú la tuya, y tal vez mayor, porque no he confundido las cosas, y al separarnos me aleja de ti la necesidad de bienes morales que tú no puedes ofrecerme; necesidad tan imprescindible para mí como para ti el coche, el palco, el champagne, la modista, el coiffeur, el bibelot, las sedas suavísimas por dentro y las riquísimas pieles por fuera.

Pero no olvides que en la variable atmósfera de la vida caen heladas imprevistas; piensa un poco a ver si puedes algún día, variando de rumbo, ofrecer a algún hombre lo que a mí no has podido brindarme; y en tanto que eso pueda ocurrir, si la helada mata las cosechas de tus vanas quimeras y el tiempo confirma las esperanzas que pongo en mi trabajo, no vaciles en llamar a mi puerta, aunque entonces hu-

quiera dentro una mujer que comparte conmigo esperanzas y decepciones, alegrías y tristezas; porque si a ella le da mi cariño el derecho a descansar en la confianza de mi fidelidad más absoluta, no será, en cambio, mía más que en el nombre, si no sabe sentir con orgullo, sin míseros regateos ni inquisitoriales e indignas pesquisas que yo atienda en su desgracia a los que en mi juventud me dispensaron lealmente algún bien; porque eso de la lealtad, es otra de las cosas buenas que heredaste de los honrados campesinos que forman tu árbol genealógico y de los que con tanta razón te muestras orgullosa.

Y Leopoldo, después de haber dicho esto, rozó con un beso la frente pensativa de la lindísima **mondaine**, inclinada sobre las pálidas flores de la soberbia moqueta, como si buscara entre ellas un recuerdo de olvidados días, llenos de encantos y de esplendores; y sin que ella, absorta por lo que oía y por lo que pensaba, tratase de detenerle, salió del elegante **boudoir**, en el que no había de volver a entrar jamás.

## II

He relatado esto que Leopoldo mismo me contó, para que se sepa por qué, al tener por los periódicos noticias de su muerte, de la muerte del ilustre artista, del inmortal autor de la PLEGARIA DE LA MAGDALENA, Antonia, la honrada mujer del cortijero del duque, se presentó en el hogar desolado a ofrecer a la viuda del inmortal pintor cuanto tiene, y por qué ante la inutilidad de una oferta que la gloriosa labor de Leopoldo había hecho innecesaria no cesa de obsesuarla a ella y a sus hijos constantemente.

Yo, que sé que Antonia no ha sido siempre lo que hoy; yo, que conozco por Leopoldo esa parte de la historia de la cortijera, que en su actual sencillez revela gustos y acusa refinamientos de gran señora; yo, que sé que en una época de su vida, de todos olvida-

da, se llamó Gloria ; yo, que sé que mi amigo no volvió a verla después de su ruptura, un año antes de que ella se casara, he podido apreciar mejor que nadie, mejor tal vez que la misma viuda de mi inolvidable amigo, lo que significa esta frase que Antonia le dirigía con lágrimas, al hacerle sus primeras ofertas :

—Créalo usted, señora. Al señorito Leopoldo debo todas mis alegrías, toda la dulzura de mi modesta felicidad, que constituye y hace la de mi marido. Por eso él se arrodilló junto a mí, al saber la desgracia, y juntos rezamos por aquél a quien juntos hemos bendecido tantas veces, y seguiremos bendiciendo otras tantas, en la casita blanca que ocultan y sombrean los álamos y perfuman las rosas, las madresevas y los jazmines.